CUADERNOS

historia 16

Las Internacionales Obreras

Carlos Forcadell y Fernando Claudín



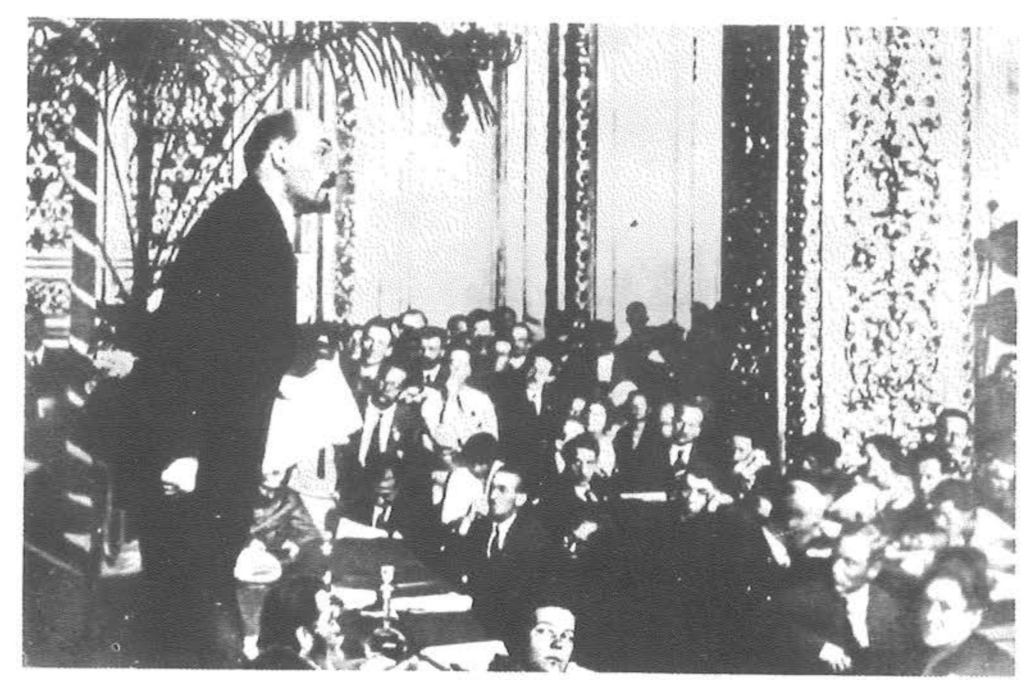
75

140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.
DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-040-60. Tomo VIII.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Lenin se dirige a los delegados del III Congreso de la Internacional (foto Novosti)

Indice

LAS INTERNACIONALES OBRERAS

Las Internacionales Obreras

LA historia del movimiento obrero está jalonada por la existencia de las sucesivas organizaciones internacionales organizadas con el fin de dotarlo de la cohesión y fuerza necesarias para conseguir válidos objetivos. Como obligado prólogo a la aproximación en profundidad que en este Cuaderno se hace de la Segunda y la Tercera Internacionales, debe incluirse aquí una somera referencia a la que las precedió en el tiempo y constituyó el primer intento real ordenado en esta dirección.

La Primera Internacional fue creada en el año 1864 durante la reunión de Londres, y bautizada como *Asociación Internacional de Trabajadores*. Impulsada por la acción común de dirigentes sindicales franceses e ingleses, fue avalada por el propio Karl Marx. Este, con ocasión de su fundación, concretaría los fines específicos perseguidos: organización de la clase obrera; lucha por la emancipación económica y por la abolición de la sociedad clasista; y solidaridad internacional obrera.

La necesidad de plantear una acción unitaria del proletariado quedaría plasmada en sus estatutos fundacionales, ratificados en el año 1866. Se decidía la creación de un consejo general —de carácter supremo y naturaleza ejecutiva, residente en Londres y renovado en cada congreso anual— y una serie de federaciones territoriales, regionales y locales.

Los años más brillantes en la vida de la organización, fuertemente impregnada de pensamiento marxiano, serían sin embargo muy breves. Después de 1870, tras la guerra franco-prusiana, las divergencias existentes entre el filósofo alemán y el anarquista Bakunin habían de decidir su división e inmediato debilitamiento. Hasta entonces habían tenido lugar los sucesivos congresos de Ginebra —1866—, Lausana —1867— y Bruselas —1868.

A lo largo de los mismos habían ido perfilándose las reivindicaciones obreras, de entre las que cabe destacar el fortalecimiento del movimiento sindical; la importancia de la huelga como instrumento de lucha; la necesidad de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción; y por último la perentoriedad de abolir la existencia de los ejércitos permanentes.

De esta forma, la Primera Internacional asumía los postulados de reforma social y antimilitarismo que habían de ser recogidos por sus sucesoras. Sin embargo, y al igual que en el caso de éstas, el más evidente fracaso constituiría el saldo final para esta acción colectiva.

Si en 1866 la organización había contado con un masivo respaldo, a lo largo de la siguiente década iría perdiéndolo, tanto debido a la mejoría de la coyuntura económica como por efecto de las debilitadoras disensiones de carácter ideológico. Para entonces los integrantes de las clases trabajadoras habían perdido combatividad, y la misma organización se apartaba gradualmente de la realidad proletaria.

Durante el congreso de La Haya —1872— los partidarios de Bakunin fueron expulsados, y crearon en el mismo año una Internacional disidente en el congreso celebrado en Saint-Imier. Organización ésta que había de mantenerse por espacio de seis años hasta 1877.

Por su parte, la Internacional originaria había trasladado su sede a la ciudad de Nueva York, y celebrado su postrer congreso en la de Filadelfia en 1876. Era el fin, y deberían transcurrir trece años hasta que un renacido impulso levantase al internacionalismo obrero del estado de postración en que había caído.

En el caso específico de España estas iniciativas obtendrían una temprana respuesta, tras la creación en 1870 de una federación regional, a pesar de la precariedad de que adolecían las organizaciones obreras existentes. También aquí se mostraría de forma evidente la división que fragmentó a la organización en su ámbito internacional. En 1872 el congreso reunido en Córdoba se adhirió a los planteamientos de Bakunin, mientras que de forma paralela se formaba una sección de inspiración marxista dirigida por Paul Lafargue. Esta federación se mantuvo con vida hasta el año 1881, es decir, durante más tiempo incluso que la organización originaria.

Este fracaso no habría de impedir que el sentimiento colectivo que había hecho nacer a la Primera Internacional en medio de condiciones marcadamente difíciles se mantuviese vivo entre grandes sectores de la población obrera. La sucesiva emergencia de las otras dos organizaciones de similar naturaleza sería la mejor demostración de ello.

Carlos Marx, según un grabado de La Ilustración Española y Americana

Huelga de mineros franceses de la zona del paso de Calais en el año 1906



La Segunda Internacional

Por Carlos Forcadell Alvarez
Profesor de Historia Contemporánea. Universidad de Zaragoza

En el tránsito del siglo XIX al XX la Internacional se consolidó como una de las realidades más importantes de la política mundial, como uno de los instrumentos de cohesión ideológica y social más potentes que se hubieran conocido, como una fuerza moral universal.

El socialismo de la II Internacional se caracterizó, además de por su continuo crecimiento en los países centrales europeos y en los espacios mundiales desarrollados económicamente, por la conciencia profundizada de la universalidad del movimiento, por la aspiración compartida a la unidad del mundo socialista y a la internacionalización de sus fines, básicamente la conquista del poder social y político.

En un mundo progresivamente amenazado por imperialismos voraces, por conflictos coloniales y odios nacionales, por acumulación de armamentos y por graves crisis internacionales, la Internacional socialista se convirtió, por su misma existencia como órgano de relaciones internacionales entre los pueblos, en una auténtica instancia moral, y sus doctrinas antibelicistas e internacionalistas en una esperanza de poder mantener una paz europea y mundial visiblemente amenazada.

En el verano de 1914, los socialistas de toda Europa asistieron impotentes a la conflagración europea que no habían podido evitar y que pronto iban, mayoritariamente, a justificar. Los socialistas, a los que se había predicado durante generaciones la solidaridad de clase, se encontraron enfrentados en las trincheras. La propia existencia de la II Internacional se derrumbó tras el trauma que supuso comprobar cómo las más acendradas ideas internacionalistas se mostraban no sólo inoperantes, sino también falsas.

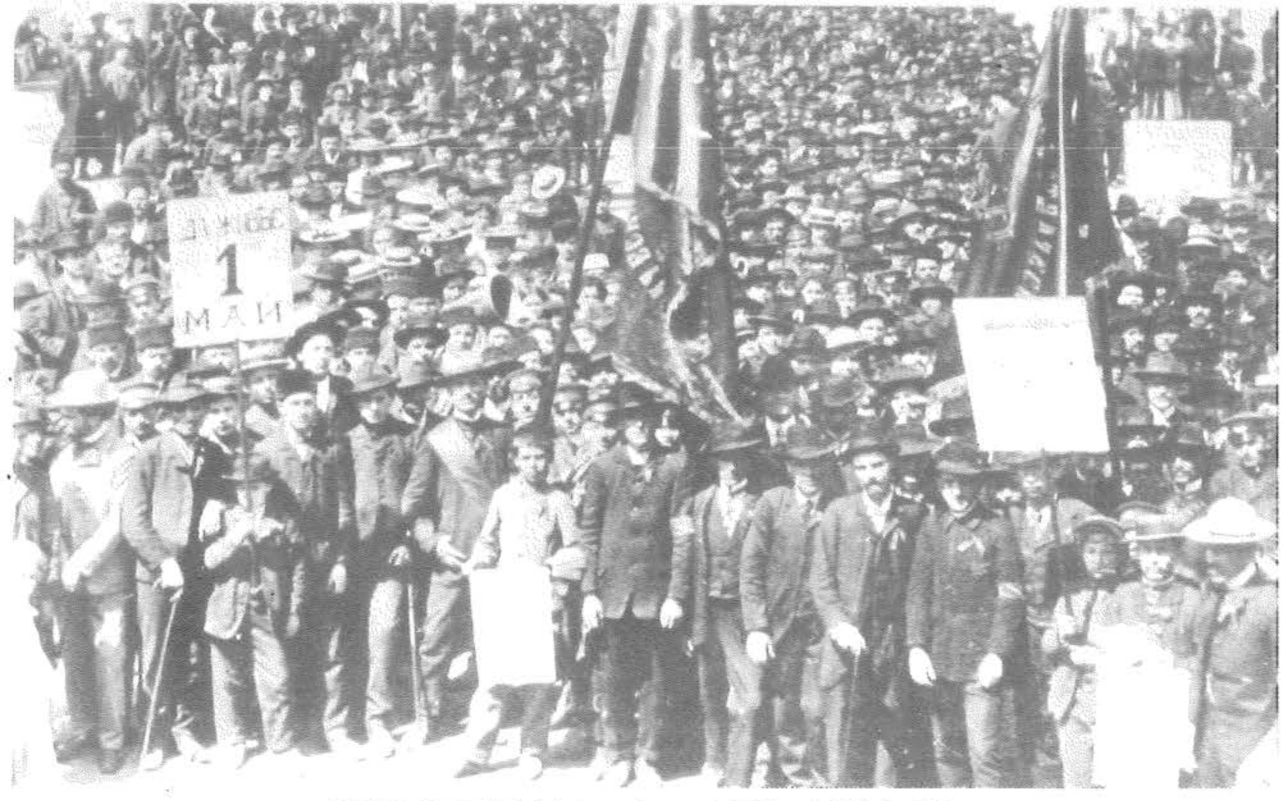
El entusiasmo con que los pueblos se lanzaron a la guerra del 14 es probablemente uno de los más grandes problemas del siglo XX en materia de historia comparada de las sensibilidades colectivas. Se hace necesario analizar y reflexionar sobre el desarrollo de esta II Internacional —que llegaría a ser propuesta en 1913 para el Premio Nobel de la Paz— y a la vez sobre su composición real, ideológica y social, sobre las dificultades para generar una teoría y una práctica política concretas y comunes, y sobre las diversidades que encubría y que, a la postre, explican su fragilidad y su hundimiento.

Desarrollo organizativo y Congresos Internacionales

La II Internacional nace en París en 1889, en el París de la Exposición Internacional y del Centenario de la Revolución. El socialismo ha ido adoptando una forma organizativa que ya comenzaba a manifestar una vitalidad excepcional, la formación de partidos socialistas nacionales y autónomos que actúan en el marco de unos estados progresivamente democratizados y en los que la influencia socialista se mide en términos de electorado y de grupos parlamentarios propios.

Así se conforman, sin perder la referencia teórica internacionalista, auténticas culturas nacionales dentro de un movimiento obrero todavía fundamentalmente europeo. Así se va dando un doble movimiento: expansión de la ideología y de las organizaciones socialistas salidas del común tronco del marxismo, e incremento de la diferenciación interna entre las diversas variantes nacionales e incluso en el seno de cada partido.

La desaparición de los fundadores doctrinales, *Marx* en 1883 y *Engels* en 1895, favorece estos procesos de diferenciación, y la complejidad de las sociedades industriales



Manifestación socialista del primero de mayo de 1905 en Sofía (Bulgaria)

emergentes, así como la transmisión de un mundo económico de libre cambio a la época del imperialismo, las explican.

La nostalgia de resucitar la anterior AIT del tiempo de Marx se resuelve con la organización periódica de reuniones y congresos internacionales de todos los partidos socialistas.

Hasta 1900 la II Internacional no existe sino bajo la forma de sus congresos en *Bruselas (1891), Zurich (1893)* y *Londres (1896).* Se plantea establecer entre los diversos partidos nacionales las relaciones institucionales que permitan conservar un tronco doctrinal común y coordinar acciones a nivel internacional. En la última década del siglo XIX se va configurando una federación flexible de partidos nacionales autónomos que se consolidará definitivamente a partir de 1900 *(Congreso de París).*

De modo paralelo se consolidan los propios partidos europeos, que se beneficiaron de las modificaciones de la estructura de la clase obrera y del crecimiento que acompañó al desarrollo de la sociedad industrial. Esta fue la clave de lo que, en la última década del siglo, Lonquet llamó *período constituyente de la Internacional.*

La transformación de la estructura del capitalismo europeo y mundial fue condición previa para el despliegue y la actividad de los partidos obreros agrupados en la II Internacional. El florecimiento industrial del último cuarto del siglo XIX y la incorporación de nuevos países al desarrollo industrial y capitalista comportó un incremento sustancial en el volumen de la clase obrera europea y norteamericana.

Los obreros se concentraron en grandes empresas, paralelamente al proceso de concentración y centralización de capital y empresas ya previsto por Marx. A ello se unió el surgimiento de nuevas profesiones motivado por los cambios en las técnicas de producción de lo que se ha llamado segunda revolución industrial, el auge de empleados medios, de técnicos y administradores, y una cierta mejora en la condición de las clases trabajadoras, a pesar de que en ningún país se pudo alcanzar la meta del congreso fundacional de la II Internacional, la jornada de ocho horas.

El socialismo y los partidos socialistas se benefician de estos avances generales. Los excedentes y beneficios del desarrollo industrial de los países europeos centrales, reforzados por políticas económicas fuertemente proteccionistas y decididamente imperialistas posibilitan mejoras continuadas para los sectores de obreros industriales que encuentran en la participación política y parlamentaria de los partidos socialistas el

adecuado instrumento de representación y de defensa de intereses.

La II Internacional construye su homogeneización inicial en torno a dos cuestiones: la solución de la cuestión anarquista que tanto había influido en la andadura de la primitiva AIT, y la relación con un fuerte sindicalismo que surgía simultánea, y aún previamente, al desarrollo de los partidos socialistas nacionales.

El primer problema se liquida en la reunión de *Londres (1896)*, al acordar que la Internacional invita solamente a aquellas organizaciones que acepten *la transformación del orden capitalista de propiedad y producción en el sistema socialista de producción y propiedad y la participación en la legislación y en la actividad parlamentaria.*

Sindicatos y política

La cuestión del sindicalismo parte de realidades bien diferenciadas nacionalmente: de la supeditación del partido socialista británico a las potentes Trade Unions, a la hegemonía del SPD alemán sobre un sindicalismo que dirige y orienta, pasando por el desarrollo paralelo del socialismo y sindicalismo en Francia. Y se resuelve creando una Internacional Sindical que, con sus propias reuniones, no interfiere las periódicas reuniones de los partidos.

El reforzamiento organizativo de la Internacional, y la implantación de una compleja red de instituciones centrales, se produce una vez lograda esa mínima homogeneización ideológica y doctrinal, y paralelamente al crecimiento e inserción en la vida política de los distintos países de los partidos socialistas nacionales, a cuya cabeza y como modelo se sitúa el Partido Socialdemócrata Alemán.

En el año 1900, y durante el *Congreso Ordinario* celebrado en París es cuando se decide la creación de un comité permanente que recibe el nombre de *Bureau Socialista Internacional* (BSI) formado por dos delegados por cada país, con sede en Bruselas y con un secretariado permanente.

Desde 1905, cuando Camille Huysmans se hace cargo del secretariado, el BSI se consolida como órgano de coordinación de iniciativas socialistas internacionales, preparación de congresos, publicación de boletines en tres lenguas (francés, inglés, alemán). Sus reuniones plenarias convocan a la vanguardia del socialismo mundial: Vandervelde, Jaurés, Guesde, Kautsky, Rosa Luxemburg, Plejanov, Lenin, Keir Hardie, Adler, Turati... En 1904 crea una *Comisión Interparlamentaria* para armonizar la exigencia de reformas sociales y otros temas de acción común.

Del mismo modo se levantan una serie de instancias específicas y sectoriales que actúan al margen de los congresos relacionando a diversas categorías de militantes. Son los periodistas socialistas, que tienen cuatro reuniones entre 1906 y 1910, o las *Conferencias Internacionales de Mujeres Socialistas*, que se reúnen desde 1907 bajo la dirección de Clara Zetkin.

Por la misma época surge una *Federación Internacional de Juventudes Socialistas* alentada desde su comité ejecutivo por Karl Liebknecht y con un secretariado permanente en Viena. Reuniones del BSI, preparación, protocolos y desarrollo de los congresos internacionales, y la actividad de las diferentes organizaciones socialistas en general, han sido estudiadas y sistematizadas minuciosamente por el malogrado historiador Georges Haupt.

Otro elemento importante de cohesión para el conjunto de la Internacional fue el partido modelo, el partido inspirador y hegemónico, el SPD alemán. Y no sólo por sus éxitos electorales y por su temprana conversión en un partido de masas, sino porque combinaba eficazmente su penetración política en el sistema establecido con su vocación teórica de liquidador y sucesor del régimen existente.

Por otra parte, no se limitaba a la esfera de lo político y se erigía simultáneamente como una potente contrasociedad o subcultura que integraba —mediante una compleja red de asociaciones, comisiones, cooperativas, casas del pueblo, etc.—, a cualquier ciudadano socialista alemán, fuera joven, mujer, jubilado, parado, profesional... Esta contracomunidad era por lo demás un mundo auténticamente obrero en el sentido más preciso de la palabra, con presencia política y altamente estructurado.

Mediada la primera década del siglo XX, con instituciones comunes y con un modelo definido, la II Internacional se presenta como un organismo maduro al que Bebel puede saludar en el *Congreso de Stuttgart* con las siguientes palabras:

Mirad cómo influye el pensamiento de la Internacional en el mundo civilizado. Allí

El socialista francés Jean Jaurès pronuncia un discurso en la Cámara de los Diputados, 1903

Singer, nuevo Moisés del socialismo tras la muerte de Augusto Bebel (izquierda). *Lenin* (derecha)





donde ha echado raíces el sistema capitalista, también se ha desarrollado la idea socialista. Hoy vemos ante nosotros un movimiento internacional de una magnitud tal que no tiene equivalente en la historia de la humanidad... Somos, pues, miembros de un poderoso partido, extendido por toda la tierra, que va siempre en vanguardia y sabe lo que quiere.

La imagen pública y exterior de la II Internacional a través de sus congresos, la homogeneización de unas resoluciones acordadas en las que se habían eliminado discusiones y divergencias teóricas y doctrinales, encubren graves diferencias políticas, estratégicas y tácticas, presentes en la realidad internacionalista, en el seno de los partidos y en la base social de los mismos.

Si se atiende a esta comparecencia externa parecen inexplicables los acontecimientos del verano de 1914. Sólo si se analizan los problemas que surcaron la existencia de un organismo tan vasto como la II Internacional, en la que convivían un Jaurés, un Kautsky, un Lenin, un Bernstein..., la base social nueva de una nueva época —la del imperialismo— y las profundas diferenciaciones ideológicas y políticas, se puede hacer inteligible el hundimiento de la II Internacional.

El revisionismo del marxismo

Este hundimiento, que llevó a sus miembros a enfrentarse en las trincheras y en las calles, no se debe a la simplificadoramente llamada por algunos *traición de los dirigentes*, sino a la tensión dialéctica entre lo que Rosa Luxemburg acertó a denominar *Reforma o Revolución*, o a lo que la investigación actual, en el título de la edición alemana de la obra del citado Haupt, ha perseguido como clarificación del contraste entre *Programa y Realidad*.

Lo que realmente hacía que la unidad de la Internacional y la de los partidos nacionales fuera sólo aparente, uniformada por una fraseología uniforme y tradicional, pero sin correspondencia con la realidad, era la gran crisis revisionista, en muchos casos un tanto oculta o minimizada, que desde fines del XIX cuartea y rompe el socialismo europeo.

El *Revisionismo* es un fenómeno europeo y general. En el nivel teórico, como en tantos otros terrenos, tiene su primera y precisa formulación en Alemania, con Bernstein, que en 1899 publica su conocido libro *Las Premisas del Socialismo*. Es el crecimiento del partido, su fuerza parlamentaria, el impulso económico sin precedentes que sigue desde 1895 a la Gran Depresión y la lejanía de la revolución, lo que explica las tesis de Bernstein.

Media asimismo el ambiguo testamento de Engels, ese prólogo a *La lucha de clases en Francia*, en el que hay una cierta justificación de la conquista del poder por vía pacífica y parlamentaria:

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros los revolucionarios, los elementos subversivos, prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión.

La ambigüedad se agudiza si se tiene en cuenta una carta que el mismo Engels escribe a Kautsky en 1895 (1 de abril):

Hoy he visto en Vorwärts el extracto de mi introducción publicado sin saberlo yo y arreglado de tal modo que parezco un pacífico adorador de la legalidad a toda costa.

En síntesis, la idea matriz que lleva a revisar el marxismo puede ser como Bernstein escribe:

Si el derrumbamiento económico no es ninguna necesidad, el social tampoco. El desarrollo social puede marchar sin cataclismos, pues la catástrofe social no es inmanente a las cosas, no es necesaria históricamente.

Desde esta perspectiva, si a partir del crecimiento económico de los países europeos centrales, en plena época del *Imperialismo*, no se han cumplido las teorías económicas de *Marx*, carece también de base la inevitabilidad, y la voluntad política de llevar a cabo una revolución social.

En el *Congreso de Hannover (1899)* de la socialdemocracia alemana hay una gran discusión sobre el libro y sobre las ideas de Bernstein. Se configuran las tendencias dentro del SPD, una de derecha agrupada en la revista *Socialistische Monateshefte*, una de izquierda en torno a Rosa Luxemburg, Mehring, Zetkin... y una tercera, mayoritaria que sustenta desde el centro la obra y la figura de Kautsky. A partir de ahora se desarrolla la polémica doctrinal en el socialismo internacional.

Aunque Bernstein y el *Revisionismo* salían derrotados en los congresos de la socialdemocracia alemana por la fuerza de la tradición, en la práctica triunfaban plenamente. Esto era así porque estas teorías

respondían a una práctica política y representaban un estado de espíritu largamente extendido en ciertas capas intermedias y en la mayoría del partido obrero.

Es importante señalar que las formulaciones de Bernstein no eran absolutamente originales. Cole apunta la influencia fabiana, y el mérito del libro de Gustaffson es precisamente señalar los precedentes y paralelismos en Italia, Inglaterra y Francia. Bernstein responde teóricamente al hecho de la progresiva integración de la socialdemocracia alemana en la sociedad que se había propuesto abatir.

La escisión teórica y la política entre reformismo y revolución la podemos encontrar con matices en todos los partidos de la Internacional. La traducción francesa está representada por la oposición Guesde-Jaurès. En Bélgica serán Brouckére y Vandervelde, en Inglaterra la diferencia entre la *Federación Social Democrática* (SFD) y el *Independent Labour Party* (ILP), en Italia *Integralistas* y *Reformistas*, en Rusia *Bolcheviques* y *Mencheviques*... El internacionalismo del *Revisionismo* es evidente.

De la convicción de que el socialismo sustituirá al capitalismo paso a paso y gradualmente se desprende políticamente un consecuente reformismo. Ello choca con el mantenimiento de la voluntad revolucionaria, justificado teóricamente por un análisis diferenciado del imperialismo y bien presente en sectores del movimiento y de las organizaciones obreras. Ambas posturas conviven hasta 1914 en el seno de la II Internacional, intentando imponerse o, más frecuentemente, combinando una praxis reformista con una fraseología revolucionaria.

La teoría que unificaba el gran conjunto de la II Internacional: la doctrina marxista, venía a estar escasamente definida. En primer lugar la penetración del marxismo en los partidos socialistas era más limitada de lo que se pueda pensar —Dommanget o Willard lo ha demostrado para Francia. *H. J. Steinberg* para Alemania—, Gustaffson puede escribir que a la muerte de Engels el marxismo no había penetrado realmente la socialdemocracia alemana, en Inglaterra no llegaba a estructurar una secta, en Italia era a menudo una cuestión de moda y en Francia tenía que luchar con fuertes corrientes no marxistas.

En efecto, a principios del siglo XX parecía garantizado coyunturalmente un capitalismo libre de crisis y los pronósticos pesimistas parecían no cumplirse. Las tendencias revisionistas encontraban la caducidad de gran parte de las tesis marxistas (valor-trabajo, plusvalía...) en el afianzamiento externo del capitalismo a partir de la Gran Depresión.

Pero a la vez, desde las oposiciones de izquierda de la Internacional, los teóricos del imperialismo afirmaban haber logrado una explicación que ponía a salvo los principios de la doctrina. El imperialismo sólo estaba aplazando las crisis finales merced a la expansión por la fuerza de los mercados, la exportación de capital, el proteccionismo, el expolio colonial. Es la línea que va de Hobson (1902) a Rosa Luxemburg (1913) pasando por Hildferling (1910) y Lenin (1916),

ROSA LUXEMBURG



Rosa Luxemburg (Zamosć, Polonia, 1870-Berlín, 1919). Dirigente socialista alemana. Polaca de nacimiento, se adhirió muy joven al socialismo en su país y en 1891 tuvo que huir de Varsovia y refugiarse en Zurich. Posteriormente ingresó en el partido socialdemócrata alemán, donde destacó pronto por su sólida formación teórica y sus dotes oratorias.
Opuesta a los revisionistas y a cualquier tipo de colaboración con la burguesía, también se enfrentó a Lenin y a su concepción elitista del partido revolucionario. Aguda analista de los hechos económicos, publicó en 1913 su fundamental estudio La acumulación del capital. *Situada en el ala izquierda de la socialdemocracia, participó activamente en el movimiento pacifista durante la Gran Guerra y en 1918 participó en la fundación del partido comunista alemán. Al fracasar la revolución espartaquista de enero de 1919 fue asesinada por agentes del Gobierno alemán.*

y que incluye en sus análisis la posibilidad de una conflagración mundial de incidencia mucho más amplia, incluso para un aprovechamiento táctico revolucionario, que las viejas crisis económicas del pasado.

Hay que señalar que Marx y Engels habían estudiado las contradicciones de las sociedades capitalistas en la época de la libre competencia, y que la II Internacional se movía desde fines del XIX en el marco de un nuevo capitalismo. Cabe pues plantearse la cuestión de cómo fue utilizado el legado marxista, encuadrado en la época librecambista, en un mundo tan distinto del suyo originario.

En las distintas formulaciones doctrinales se seleccionaban textos y citas de Marx y de Engels en función de las propias necesidades tácticas. Quizás se hacía doctrinalmente ambigua una herencia teórica que consistía más en un método de análisis que en una serie de principios establecidos.

Si los análisis ideológicos son explicativos, también son necesarios los estudios sociales de composición de los partidos socialistas. Los trabajos de *Michels* destacando las tendencias oligarcas e inmovilistas inmanentes a las estructuras partidarias se hicieron sobre la realidad del SPD alemán. Abendroth ha analizado penetrantemente la integración de la socialdemocracia alemana en el sistema, el desarrollo de la institucionalización burocrática, sus características de partido de masas, añadiendo una explicación social al fenómeno del reformismo que completa los análisis ideológicos. Groh ha seguido minuciosamente el proceso que va desde el aislamiento a la integración del SPD. Por no hablar de un Ritter que explica cómo el auténtico trabajo revisionista lo hacían en la práctica reformista una multitud de dirigentes sindicales o de funcionarios locales que mostraban tanta indiferencia frente a Bernstein como frente a Kautsky.

Cuestión colonial

En cualquier caso, el imperialismo y el análisis que de su realidad se hiciese era la auténtica línea divisoria entre dos campos de interpretaciones. Y ello en la práctica se concretaba en las discusiones que la II Internacional desarrolló sobre la cuestión colonial, ineludibles a partir del momento en que, desde fines del XIX, las acciones imperialistas de las grandes potencias aumentaban hasta límites peligrosos las tensiones en el continente.

Entre los grandes problemas que se plantearon a la II Internacional, la cuestión colonial resulta particularmente significativa de las líneas de fractura existentes.

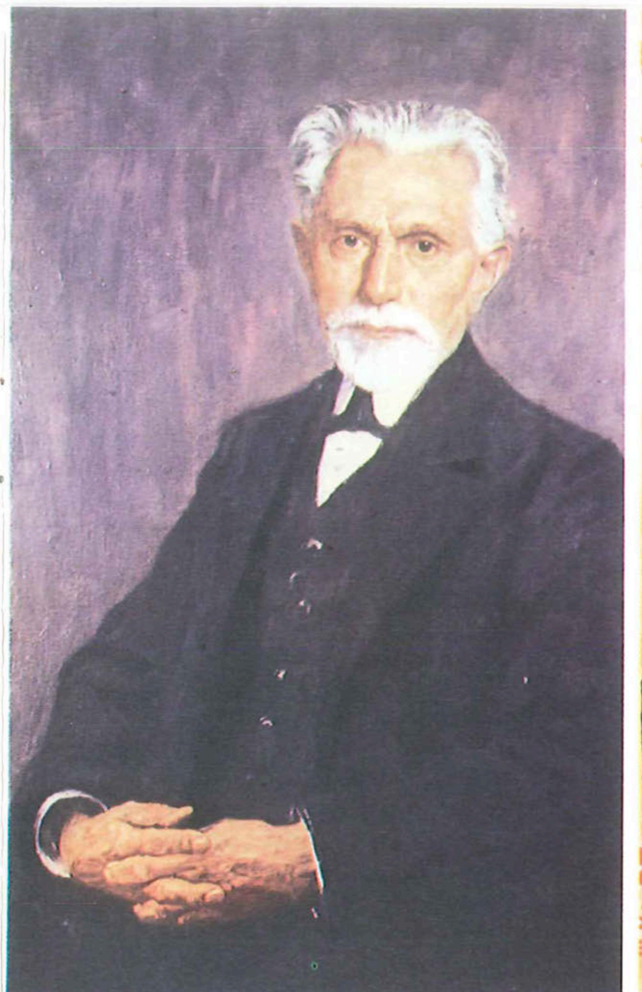
El tema de la participación ministerial es un asunto francés que surge a partir de la entrada de Millérand en el ministerio Waldeck-Rousseau en 1899. Jaurès se muestra partidario de la misma, pero a diferencia de Briand o del propio Millérand, acepta la condena que el *Congreso de Amsterdam (1904)* establece genéricamente, bajo la presión de los socialistas alemanes y del sector del socialismo francés que representa Guesde. Del mismo modo se rechaza la propuesta de la huelga general que los sindicatos presentan como medio esencial de acción. Los socialistas alemanes denuncian su carácter anarquizante y temen que una represión estatal destruya la maquinaria del partido. El tema de las colonias manifiesta nítidamente las contradicciones.

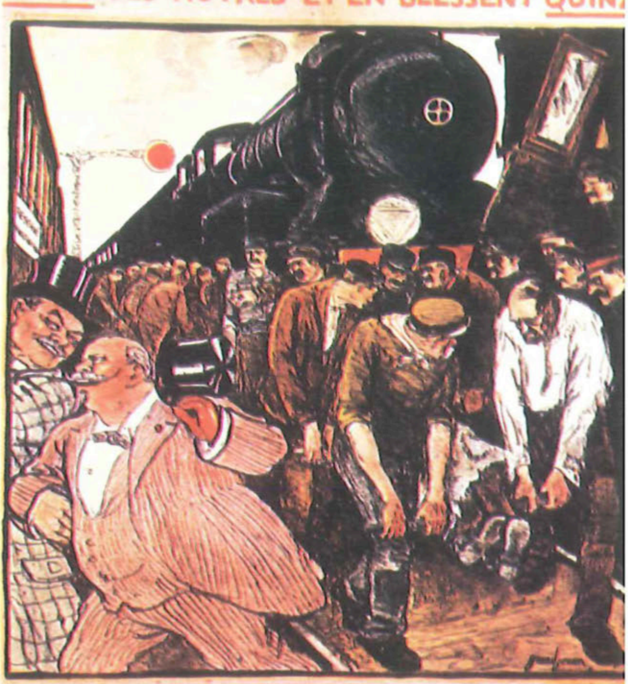
En el *Congreso de París (1900)* figura por primera vez el asunto *política colonial* en el orden del día. El ponente es el holandés Van Kol, partidario, junto con Vandervelde, Jaurès o Bernstein, de una política colonial *positiva*. Pero el Congreso aprueba una moción de radical condena de la política colonial, aún sin aludir a análisis económicos. Quedaban todavía muy cerca Fachoda, la guerra de los Boxers, la de los Boers, etcétera.

En 1904, en Amsterdam, vuelven a enfrentarse las dos tendencias, discutiéndose una moción tajantemente anticolonialista del inglés Hyndman, y la de Van Kol, que afirma la necesidad del hecho colonial y su inevitabilidad en una sociedad socialista, en razón de las necesidades vitales de toda sociedad en expansión.

La coyuntura internacional a partir de 1905 se caracteriza por una sensibilización general hacia el tema colonial, a causa de los sucesos de 1905 y 1906 en Marruecos, de los problemas en el Congo y en Africa central y de los levantamientos en el sureste asiático. Por estas fechas la preocupación colonial es la más importante en el carnet de la Internacional. En 1907, año del *Congreso de Stuttgart,* se efectúa intensa reflexión teórica sobre la materia.

En el Congreso se enfrentan tres tendencias. En la extrema derecha, David, jefe de





Augusto Bebel, socialista alemán (izquierda). *Cartel de un sindicato ferroviario francés* (derecha)

Viñeta antisocialista de un manifiesto electoral derechista francés a comienzos del siglo presente

fila de la llamada corriente imperialista en la socialdemocracia alemana, expresa cómo Europa tiene necesidad de las colonias: *sin colonias seríamos comparables desde el punto de vista económico a China*. En el centro, Van Kol y su moción, que en su primer párrafo dice:

El Congreso, constatando que en general se exagera fuertemente, en especial entre la clase obrera, la utilidad o necesidad de las colonias, no condena en principio y para siempre toda política colonial, que en un régimen socialista podrá ser una obra de civilización.

En esta postura se alinean Bernstein, Vandervelde, incluso Bebel... Más animados que la extrema derecha por el espíritu humanitario tan vivo en la tradición socialista, denuncian drásticamente la barbarie colonial, pero defienden el sistema colonial; consideran que al transportar el capitalismo a los países atrasados se realiza una obra progresiva, e ignoran los mecanismos económicos que rigen las empresas coloniales.

Kautsky ataca duramente el texto de Van Kol y, al final, por 127 votos contra 108 se adopta otro que condena, una vez más, la política colonial capitalista. La izquierda, entre la que se encontraban Lenin, Pannenkoek, Luxemburg, etc., debió su victoria al prestigio personal de Kautsky, que consiguió por el escaso margen citado hacer aprobar estas afirmaciones.

Las luchas emancipadoras

La política colonial capitalista, por su propia esencia, necesariamente conduce a la servidumbre, al trabajo forzado y a la destrucción de los pueblos indígenas bajo el régimen colonial... La misión civilizadora proclamada por la sociedad capitalista no es más que un pretexto para cubrir su sed de explotación y de conquista, que lejos de aumentar la capacidad productora de las colonias, destruye sus riquezas naturales.

En la II Internacional, pues, son perfectamente discernibles las líneas de fractura ideológica en la apreciación del problema colonial, si se atiende más a la realidad de las discusiones que a la letra de las resoluciones. Más visibles son estas contradicciones si se observan los partidos miembros.

En Bélgica, candente la cuestión de El Congo, Louis de Brouckére, intransigentemente anticolonialista, constituye su tendencia propia, dotada de órganos de prensa y opuesta a una mayoría socialista partidaria de la anexión. En Francia surgen tendencias favorables a la penetración en Marruecos, matizadamente compartidas por el propio Jaurès.

En Inglaterra Hyndman y la *Federación Social Democrática* mantienen posturas radicales. Respecto a la cuestión sudafricana, el citado líder llega a afirmar que *este país no pertenece ni a los ingleses ni a los Boers... El porvenir de Africa del Sur pertenece a los negros*. Pero, en general los trabajadores ingleses aportan a la guerra de 1899 un apoyo sin reservas, al igual que a la dominación en la India, y esta postura es la que mayoritariamente recogía el *Labour Party*.

En lo referente a estas cuestiones, la socialdemocracia holandesa ocupa una posición de derecha en la Internacional, combatida desde el interior por las minorías anticolonialistas de Pannenkoek o Henriette Roland-Host. Hasta en Italia, donde la unanimidad socialista en las posturas anticolonialistas está más generalizada, ya que, como en España, las empresas libias y abisinias se basaban más en la satisfacción del orgullo nacional que en ningún tipo de aprovechamiento económico racional, surgen partidarios de la proyección mediterránea y africana como Labriola, Bissolati, Bonomi...

La cuestión es que en el socialismo europeo y en la Internacional conviven posturas no ya diversas, sino incompatibles. Precisamente desde 1907 se hacen patentes unas divergencias, mucho más de principios básicos que de mera táctica. Y por esas fechas se va agrupando una extrema izquierda en el seno de la internacional, a partir de grupos rusos (Lenin), alemanes (Rosa Luxemburg), holandeses (Pannenkoek), etc., que van imaginando una vía particular hacia el socialismo sin pasar por Europa ni por el ineluctable estadio del capitalismo desarrollado.

En síntesis, de la misma manera que Rusia puede ser el eslabón débil de la cadena imperialista, y acceder a la revolución socialista sin esperar el desarrollo total del sistema capitalista, las colonias también pueden pasar a esta etapa histórica según una dialéctica propia, en el marco de una revolución que se convertirá en proletaria a falta de una burguesía potente.

'Así las luchas nacionales de los pueblos coloniales adquieren un sentido nuevo, ata-

cando al imperialismo en su retaguardia. Combinadas con las luchas del proletariado de los países más desarrollados se insertan en la perspectiva de la revolución mundial, de la estrategia revolucionaria mundial que Rosa Luxemburg proponía.

La Internacional votaba mociones radicales sobre las cuestiones coloniales, pero su práctica resultaba esencialmente pacifista y humanitaria. En los años anteriores a la guerra se destaca un ala izquierda que intenta conjugar teóricamente la revolución en Europa con los movimientos de liberación en los países atrasados, especialmente en Asia. El debate y los análisis sobre el imperialismo se enriquecen, se definen, y conforman posiciones teóricas y políticas absolutamente divergentes.

Escolásticamente todas las posiciones podían referirse a citas e interpretaciones de los padres del marxismo, que escribieron antes de que apareciera un proletariado industrial en los países colonizados y que apenas si pudieron imaginarse el problema.

Afirmaciones coyunturales en artículos de prensa, como la famosa de Engels: *la conquista de Argelia es un hecho afortunado e importante para el progreso de la civilización*, o el reflejo del indudable europocentrismo del marxismo original, fueron utilizados por los defensores de una política colonial positiva y socialista diferente, en principio, de la de la burguesía. Análisis más a largo plazo como los del propio Marx en el capítulo XXIV del tomo I de *El capital* eran la base de referencia de los antiimperialistas y anticolonialistas a ultranza. Tamañas diferencias no podían sino prefigurar elementos de impotencia para el gran conjunto internacionalista, cuando un tema urgente e inevitable exigiera una respuesta común y definida, o en situaciones de ruptura en coyunturas extremadamente críticas.

El problema nacional y la guerra

Los elementos doctrinales acordados en las magnas tribunas del socialismo internacional que eran los congresos, no dejaban lugar a dudas: el proletariado debía rechazar como ajena a sus propios intereses cualquier confrontación bélica entre las naciones europeas.

Las guerras están causadas *por los antagonismos económicos que provoca el modo de producción (Londres, 1896); la guerra desaparecerá con la supresión de la dominación de clases: la caída del capitalismo significará la paz general (Zurich, 1893)*. El *Congreso de Amsterdam* de 1904 tributa una enorme y emotiva ovación a Plejanov y Katayama, cuando se abrazan en representación de sus respectivos proletariados enfrentados en la guerra ruso-japonesa.

Entrado el siglo XX el ambiente de tensión internacional hace que el tema de la guerra pase a ocupar un puesto relevante en las deliberaciones de los congresos. En el de *Stuttgart (1907)* se aprueba una resolución de carácter radical en la que se afirma:

EL PSOE Y LA II INTERNACIONAL

Tras el fracaso de la I Internacional, los partidos socialistas encaminaron sus esfuerzos a levantar un organismo unitario que coordinase sus esfuerzos a escala mundial. Tal fue la II Internacional o Internacional Socialista, cuyo primer Congreso se celebró en París en julio de 1889. Entre los firmantes a la convocatoria del Congreso fundacional se encontraba el líder socialista español Pablo Iglesias, que acudió a París acompañado por José Mesa.

A partir de entonces, el PSOE fue miembro activo de la Internacional. Las cuestiones más candentes tratadas en los sucesivos Congresos —anticolonialismo, táctica política, legislación social, etcétera— contaron con el concurso de las delegaciones españolas. La experiencia parlamentaria y política de sus integrantes en conflictos coloniales como los de Cuba y Marruecos y la existencia de un importante movimiento anarquista en España, les colocaban en situación de aportar experiencias muy interesantes a sus compañeros de otros países.

Hasta la paulatina desintegración de la Internacional, en los años de la Primera Guerra Mundial, el PSOE se mantuvo fiel a sus consignas, que coincidían generalmente con los planteamientos del socialismo europeo. Precisamente sería la crisis de la Internacional y el surgimiento del leninismo lo que provocaría la escisión comunista en el seno del partido.

Las guerras entre estados capitalistas son, en general, las consecuencias de su concurrencia en el mercado mundial... Pertenecen, pues, las guerras a la esencia del capitalismo y no cesarán más que por la supresión del sistema capitalista.

Si una guerra amenaza estallar, es un deber de la clase obrera de los países afectados... el hacer todos los esfuerzos para impedirla por todos los medios que les parezcan los más apropiados y que varían naturalmente según el estado de la lucha de clases y la situación política general.

Por tanto, el congreso va más allá de los análisis y propone formas concretas de actuación. La minoría de izquierda, entre la que se encuentra Lenin y Rosa Luxemburg, desea dejar bien clara la alternativa revolucionaria y presenta la siguiente enmienda, que es aceptada:

En el caso de que la guerra estalle, hay el deber de hacerla cesar inmediatamente, de utilizar con todas las fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista.

La realidad y el deseo

En el *Congreso de Copenhague (1910)*, el francés Vaillant y el británico Keir Hardie precisan todavía más y proponen para el caso de una guerra entre los países europeos *la huelga general obrera, especialmente en las industrias que suministran a la guerra sus instrumentos, así como la agitación y la acción populares en sus formas más activas.* La discusión de esta propuesta quedó aplazada hasta el *Congreso de Viena,* que ya no se llegó a celebrar.

El socialismo internacional iba perfilando su condena de la guerra entre estados capitalistas y su amenaza de actuar contra la misma, insinuando como uno de los caminos la huelga general revolucionaria. Esta disposición se reafirma en *1912,* en el *Congreso Extraordinario* convocado en *Basilea,* sobre un único punto de orden del día: *La situación internacional y la acción contra la guerra.*

El congreso se convoca al calor de la cada vez más deteriorada situación política europea, agravada por los conflictos balcánicos. Más que un congreso es una imponente manifestación contra la guerra, y a la vez de unidad socialista. Los 555 delegados elaboran un manifiesto en el que se repite textualmente el acuerdo de Stuttgart y en el que advierten a los gobiernos *que en el estado actual de Europa y en la disposición de espíritu de la clase obrera, no podrían desencadenar la guerra sin peligro para ellos mismos.*

Los discursos de Vaillant, Plejanov, Adler... en la catedral de Basilea, teatro de varios concilios y prestada en esta ocasión por el clero protestante, así como la manifestación que los acompaña, inciden poderosamente en la opinión pública europea. Jaurès electriza a la multitud con su parlamento, que acaba así: *... el pensamiento de la paz llena todas las cabezas, y si los gobiernos están indecisos y dudan, debemos poner en obra la acción proletaria.* Entretanto suenan las notas del Himno a la Paz de Beethoven.

A pesar de acuerdos y declaraciones tan solemnes, en agosto de 1914 los pueblos van a la guerra, y con ellos los militantes y dirigentes socialistas que votarán los créditos de guerra y ocuparán carteras ministeriales en los gobiernos de unidad nacional.

Todavía se hace más evidente que no se puede entender la II Internacional, ni el aparente relegamiento y abandono de principios que parecían comúnmente aceptados, si se consideran sólo los textos de los congresos, en muchos casos de carácter simbólico o meras expresiones de deseos.

En efecto, a pesar de la unanimidad de las declaraciones finales, los congresos de la II Internacional eran mucho más conflictivos en su desarrollo. En el de *París (1900),* Legien, en nombre de los sindicatos alemanes condenaba el recurso a la huelga general. La apasionante polémica Bebel-Jaurès en el *Congreso de Amsterdam (1904)* dejó traslucir las diferencias entre el socialismo francés y el alemán. La citada enmienda izquierdista de *Stuttgart* salió adelante tras largas y difíciles controversias. La propuesta Vaillant-Keir-Hardie de 1910, que retoma la cuestión de la huelga general, no puede progresar y se pospone al siguiente congreso previsto para 1914.

Más visibles son las diferencias dentro de cada partido. En la socialdemocracia alemana hay una derecha del partido que lleva claramente la impronta de Lasalle y del nacionalismo alemán. En sus congresos se pueden seguir argumentaciones apoyadas en citas de Marx y Engels justificatorias de una guerra de defensa por parte de Alema-

Detalle de El cuarto Estado, *pintura de Pelizza da Volpedo, alusiva a los conflictos laborales de la Italia de comienzos del siglo*

Postal conmemorativa de la feria socialista de mayo en Berlín



nia, incluso contra Francia si ésta se uniera con Rusia. *El Congreso de Jena* de 1913 condena, por 333 votos contra 142, la tesis de la huelga general.

El socialismo francés, por su parte, estaba también fuertemente impregnado de nacionalismo. La importancia del sentimiento nacional en la tradición revolucionaria francesa la podemos seguir desde Baboeuf, Pecqueur, Proudhon, hasta Blanqui. La adhesión de sectores obreros al boulangismo se explica por su disposición nacionalista. Los socialistas contemplan siempre la posibilidad de una guerra defensiva contra los presuntamente agresores *Imperios centrales*. Jaurès dirá que *defender la Patria y la República es para todos nosotros, como para Blanqui, el primer artículo del credo socialista*. El asesinato de Jaurès a manos de un nacionalista la víspera de la declaración de guerra le evita tomar una decisión que, según E. Labrousse, presidente de la *Société d'etudes jauresiennes*, hubiera ido en la dirección de apoyar a la *Unión Sacrée*.

El internacionalismo que genérica y formalmente reclamaba el pensamiento socialista era más un deseo que una realidad. Agosto de 1914 fue la consecuencia lógica de la situación real del socialismo anterior a la guerra. La doctrina original marxista, como apoyatura de interpretaciones contrapuestas, podía ser utilizada ambiguamente.

En las determinaciones estratégicas de Marx la solidaridad internacional del proletariado debe prevalecer indudable y absolutamente sobre la solidaridad entre las clases de una nación, sobre la solidaridad nacional. Pero dentro de esta determinación estratégica, Marx retiene tácticamente la cuestión nacional. Frente a los textos de *El manifiesto* se encuentran otros de distinto talante. Ya en la guerra francoprusiana del 70, Marx y Engels opinan más que solapadamente a favor de la nación alemana. O consideran progresivas las luchas italianas contra Austria, al igual que en el 48 defienden la causa de una guerra general de la Europa revolucionaria contra *el mayor apoyo de la reacción*, Rusia, o se muestran partidarios de los aliados durante la guerra de Crimea contra el Imperio del Zar.

Estas referencias, así como una bien concreta de Engels en 1892: *Si la República francesa se pusiera al servicio de Su Majestad el Zar autócrata de todas las Rusias, los socialdemócratas alemanes la combatirían, con sentimiento, pero la combatirían*, sirven a la socialdemocracia alemana para interpretar la guerra del 14 siguiendo este modelo teórico. Por el contrario, la izquierda internacionalista y antibélica se apoya en las determinaciones estratégicas del pensamiento original marxista.

Agosto de 1914 y el hundimiento de la Internacional

Si nebulosa era la teoría del socialismo europeo en los meses anteriores a la guerra, todavía más incierta resultó la actividad práctica de la II Internacional durante el mes de julio que precedió al estallido de la guerra. La reconstrucción del *Congreso de Viena*, que ha efectuado Haupt, demuestra cómo en el plano teórico la Internacional no estaba preparada para comprender el hecho del imperialismo, no tenía una doctrina precisa y clara. Consecuentemente no tenía previsto el hecho ni el carácter de la guerra, mucho menos la actitud cara a ella.

El atentado de Sarajevo del 28 de junio fue considerado como un episodio más de los asuntos balcánicos y ni los partidos socialistas ni nadie consideraron que a causa de un conflicto entre Austria y Serbia, Alemania se lanzaría a una guerra contra Rusia, Francia e Inglaterra. Sólo el 23 de julio, fecha en que Austria lanza el ultimátum contra Serbia, el partido austriaco, es decir, F. Adler, comunica al BSI la eventual imposibilidad de celebrar en Viena el congreso tal como estaba previsto. El 24 de julio, ante la oscura e incierta situación creada en la Europa central, Huysmans toma la iniciativa de convocar urgentemente una reunión plenaria del BSI y convoca a los delegados para el martes día 29.

La mañana de este día se abre la reunión en la Casa del Pueblo de Bruselas. Está presente la plana del socialismo internacional: Vendervelde, Keir-Ardie, Haase, Kautsky, Adler, Huysmans, Grimm... Ya Austria ha declarado la guerra a Serbia. La reunión se inicia con la exposición del delegado austriaco Adler, totalmente pesimista: *el partido es incapaz de actuar. Decir otra cosa sería engañar al Bureau*. Continúa señalando que las ideas de huelga son una fantasía y expresa su esperanza en la posibilidad de un conflicto localizado.

Jaurès y Haase se muestran más confiados en las posibilidades de la Internacional para una intervención eficaz. Angélica Balabanoff cuenta en sus recuerdos que sólo

Jaurès y Rosa Luxemburg advertían la gravedad de la situación y lo que esperaba al proletariado europeo. Cuando en la sesión de la tarde del mismo día 29 se extendió el rumor de que Rusia había movilizado al ejército, nadie lo creyó y menos los delegados rusos. El propio Haase reconoció que si Alemania entraba en guerra, a pesar de las protestas de la socialdemocracia, *no nos creemos suficientemente fuertes para impedirlo.*

Fabra Rivas, que era el delegado español en el BSI, cuenta cómo Rosa Luxemburg estaba encolerizada y pensaba que no se debía continuar la sesión en esa atmósfera. Al final se acordó un manifiesto en el que se pedía *a los proletarios de todas las naciones interesadas, no solamente seguir, sino intensificar sus demostraciones contra la guerra, por la paz y por el arreglo a través del arbitraje del conflicto austroserbio.*

El BSI se separó sin tomar una decisión de acción socialista concertada, aplazándola para un congreso que se trasladó de Viena a París (9 de agosto). No se imaginaban que no tendría lugar ni que la tempestad se desencadenaría en unas horas. De hecho, con esta reunión, la Internacional dejaba de existir, y desde ese momento, las secciones nacionales, sin táctica común, debían obrar solas frente a los rápidos acontecimientos.

Las masas iban a seguir el llamamiento de sus gobiernos. Los partidos socialistas apoyaron la defensa de la patria, la *Unión Sacrée* y la *Burgfrieden,* y pasaron a ser instrumentos en la política de sus respectivos gobiernos.

La II Internacional se presentaba como un conjunto de partidos nacionales diversos, no exentos de un claro nacionalismo incluso en el nivel teórico, y profundamente afectados por la crisis revisionista que hasta 1914 se mantiene un tanto latente, aunque apreciable en la mayoría de los grandes temas: la guerra, el colonialismo, el análisis del imperialismo... Además la herencia doctrinal de los fundadores del marxismo podía presentarse como ambigua y bifronte especialmente en un mundo en nuevas condiciones.

Un balance explicativo

Sobre todo desde 1907 la definición y la interpretación del imperialismo se convirtió en el punto crucial de las controversias dentro de una Internacional que desde 1900 había abandonado paulatinamente —bien que conservando un vocabulario revolucionario— el *atentismo* en la revolución, y sus partidos componentes se habían ido tranformando, de partidos estratégica y tácticamente condicionados por el hecho de la revolución, en partidos de oposición que estaban integrados en el sistema parlamentario. Relegado el postulado socialista fundamental, la revolución, al estado de principio, había dejado de ser el fin concreto a alcanzar.



Pablo Iglesias

La amplia diversidad de opiniones de las tendencias dentro de la II Internacional fue trivializada y mal interpretada. Para muchos, la opción entre reformismo y marxismo revolucionario era un asunto de generaciones, de crisis de crecimiento... Pero, las tendencias cristalizaron tras el *Congreso de Stuttgart* y no se trataba sólo de una polémica entre marxistas de diferente observancia, sino de una total oposición entre dos conceptos radicalmente distintos sobre el papel y el futuro del movimiento socialista: reforma social o revolución, según la alternativa de Rosa Luxemburg.

La impotencia de la Internacional ante la guerra fue y es uno de los principales temas de reflexión. Desde hace cincuenta años la historiografía oscila entre dos tipos de explicación: una referente a la traición de los dirigentes que negaron el internacionalismo en sus distintos países, y otra según la cual los socialistas se encontraron repentinamente en agosto de 1914 ante una situación que no permitía ninguna ambigüedad y se vieron obligados a elegir entre el internacionalismo y el amor a la patria.

La socialdemocracia no traicionó a las masas, sino que fue su auténtica expresión política. La actitud esencial de la mayoría de la Internacional era de naturaleza ética, pacifista, humanitaria y liberal.

La historiografía actual, pasadas las largas polémicas sobre las responsabilidades, principalmente francoalemanas, reconoce la Primera Guerra Mundial como un enfrentamiento militar de estados capitalistas concurrentes en el mercado mundial. Es decir, un conflicto en el que desde la pura teoría marxista original, el proletariado europeo no hubiera debido intervenir.

En contra de la pureza doctrinal, en contra de las idealistas resoluciones de los congresos de la Internacional, la realidad impuso la política de defensa nacional y de enfrentamiento entre militantes socialistas de distintas nacionalidades. Del brutal choque entre los principios y la praxis, salió descoyuntado el propio socialismo, en una bifurcación y unos contenciosos que escindieron profundamente el movimiento obrero de la Europa de entreguerras y cuyas consecuencias llegan hasta hoy.

La Tercera Internacional

Por Fernando Claudín
Director de la Fundación Pablo Iglesias, Madrid

La fundación de la Internacional Comunista o Tercera Internacional, en marzo de 1919, fue el resultado, esencialmente, de dos procesos político-ideológicos: la crisis de la Segunda Internacional, provocada por la Primera Guerra Mundial, y la revolución rusa de 1917, culminada en octubre de ese año con la conquista del poder por el Partido Bolchevique, liderado por Lenin.

Los partidos socialistas de las potencias beligerantes en la Primera Guerra Mundial, en particular los de Francia y Alemania, no hicieron honor a los acuerdos adoptados por los anteriores congresos de la Segunda Internacional de oponerse por todos los medios a la guerra europea, que se perfilaba amenazadoramente en el horizonte.

Al estallar el conflicto bélico en agosto de 1914, los sectores mayoritarios de estos partidos, en particular sus grupos parlamentarios, con excepción de algunos diputados, votaron los créditos de guerra y se alinearon con los respectivos Gobiernos.

Esta actitud fue calificada de *traición* por grupos minoritarios de dichos partidos, que en el curso de la guerra se reunieron en diversas ocasiones —conferencias de Zimmerwald y de Kienthal, llamadas así por el nombre de las localidades suizas en que tuvieron lugar— para elaborar una estrategia común contra el conflicto bélico.

Estos grupos se dividieron en dos tendencias: una de carácter pacifista, que se daba como objetivo principal la lucha por la paz, y otra de carácter revolucionario, cuya divisa era *transformar la guerra imperialista en revolución proletaria*. Los principales representantes de esta segunda tendencia eran el Partido Bolchevique ruso, dirigido por Lenin, y la Liga espartaquista alemana, grupo muy minoritario del Partido Socialdemócrata alemán, cuya figura más representativa era Rosa Luxemburg.

Fueron incorporándose también otros grupos menos significativos, constituidos en los partidos socialistas de Holanda, Italia, Suecia, Polonia y Bulgaria. La revolución rusa de 1917, y en especial la conquista del poder por los bolcheviques en octubre de ese año, impulsó las tendencias revolucionarias en los partidos de la Segunda Internacional. A ello se añadían las agitaciones huelguísticas y otros movimientos de pro-

Cartel ruso alusivo al internacionalismo proletario


ДА ЗДРАВСТВУЕТ III-ий
ИНТЕРНАЦИОНАЛ!
saluto, compagni!
SALUT, CAMARADE
Grüsse, Genossen
ПРИВЕ
WELCOME, COMRADES!
ТОВАРИЩИ!
D. МООР.

testa originados por las calamidades que la guerra provocaba en las condiciones de vida de los pueblos, los millones de muertos, heridos y prisioneros, la miseria y el hambre.

Una idea de Lenin

La idea de que la Segunda Internacional había muerto y era necesario crear una nueva Internacional, lanzada por Lenin poco tiempo después de iniciarse la Primera Guerra Mundial, fue ganando terreno. La victoria de la revolución de octubre en el Imperio zarista, sobre el país más extenso del planeta, presentada por los bolcheviques como el comienzo de la revolución socialista mundial, proporcionó a esa idea una poderosa base política, ideológica y territorial. El impacto de octubre fue inmenso en la conciencia de las masas proletarias, no sólo de Europa, sino de otros continentes, y también en núcleos importantes de la intelectualidad progresista.

En el marxismo de Lenin —es decir, en la interpretación por Lenin del legado teórico de Marx—, la fase imperialista del capitalismo era considerada como la fase última de este sistema socioeconómico en virtud de los siguientes supuestos: sus contradicciones se agudizaban al extremo —de ahí el estallido de la guerra entre las potencias imperialistas por un nuevo reparto de las colonias y los mercados—; el desarrollo de las fuerzas productivas tropezaba con límites infranqueables, inherentes a la propia lógica del sistema, y el potente movimiento obrero creado en los decenios precedentes estaba ya en condiciones de dar a esa *agonía del capitalismo (dixit* Lenin) la salida que correspondía a sus intereses históricos: *la revolución mundial socialista.*

Pero este objetivo no podía alcanzarse sin la existencia de un partido revolucionario, dotado de una organización combativa y una política basada en el marxismo o, más precisamente, en la versión leninista del marxismo. Gracias a la existencia de este tipo de partido, la revolución rusa de 1917, que inicialmente tenía un carácter democrático-burgués, había podido transformarse en revolución socialista con la toma del poder por el Partido Bolchevique (que a partir de 1918 tomaría el nombre de Partido Comunista).

Pero la revolución de octubre —según la concepción de Lenin, más arriba expuesta— no era más que el comienzo de la revolución mundial. A este carácter mundial de la revolución correspondía la necesidad de un partido revolucionario también mundial, o sea, de una Internacional. Como la Segunda había fracasado, era necesario crear la Tercera, y crearla urgentemente, porque la revolución mundial estaba iniciándose.

En esta concepción teórica de Lenin sobre el imperialismo y la revolución socialista, el papel central correspondía a los países capitalistas desarrollados, industrializados, con una potente clase obrera. Sobre este punto, Lenin estaba de acuerdo con Marx, para el cual la revolución socialista sólo era posible a partir del capitalismo llegado a su madurez.

La revolución alemana

El hecho de que la revolución mundial se hubiera iniciado en Rusia, país esencialmente agrario, con una clase obrera muy minoritaria, tenía para Lenin un carácter coyuntural, y se explicaba por la podredumbre del Imperio zarista, el hundimiento de sus frentes militares, el hambre y otros factores, que habían convertido al zarismo en el *eslabón más débil* del sistema imperialista. Pero esta *anomalía,* en relación con las previsiones teóricas, sería corregida por la inevitable —en opinión de Lenin— extensión de las revoluciones a los países europeos occidentales y, sobre todo, a Alemania.

Al principio, los acontecimientos parecieron confirmar las expectativas de Lenin. La crisis social, el cansancio de la guerra, el impacto de la revolución rusa, se tradujeron a partir de 1917 en importantes movimientos huelguísticos, manifestaciones populares e incluso brotes insurreccionales en unidades militares de varios países europeos, y, sobre todo, se produjo el gran acontecimiento, con el que parecía abrirse el segundo acto de la *revolución mundial:* la revolución alemana. Iniciada en noviembre de 1918, al principio presentaba algunas analogías formales con la revolución rusa, en particular la formación de *soviets* (consejos) obreros y de *soviets* de soldados.

La Liga espartaquista decidió transformarse en Partido Comunista alemán (PCA). El mismo camino tomaron otros grupos socialistas revolucionarios de diversos países, rompiendo con la socialdemocracia. En los



Hacia la III Internacional, *cartel soviético de comienzos de los años veinte*

últimos meses de 1918 se formaron partidos comunistas en Finlandia, Letonia, Hungría, Austria, Polonia y Holanda. A la vista de estos hechos, en particular del comienzo de la revolución alemana, Lenin y los otros dirigentes bolcheviques consideraron llegado el momento de crear la Tercera Internacional.

Pero poco antes de que el proyecto cuajara, el movimiento revolucionario fuera de Rusia sufrió su primera derrota allí donde más potencialidades de desarrollo parecía tener: Alemania.

El PCA, apoyándose en la actitud insurreccional de los sectores más radicales del proletariado alemán, intentó, en efecto, tomar el poder en enero de 1919. La intentona fue aplastada por el Gobierno socialdemócrata. Destacamentos militares llevaron a cabo una represión sangrienta, asesinando a los dos principales líderes del espartaquismo-comunismo alemán: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Sin embargo, los dirigentes bolcheviques persistieron en su proyecto de crear inmediatamente la nueva Internacional, considerando que la derrota de los comunistas alemanes era un acontecimiento episódico, que no desmentía la existencia de condiciones favorables para la propagación de la revolución proletaria en Alemania y en otros países del capitalismo europeo.

Convocada por el Partido Comunista ruso y otros siete partidos comunistas, el 2 de marzo de 1919 se inauguró en el Kremlin una conferencia comunista internacional, a la que asistieron 35 delegados con voto, representando a 19 partidos u organizaciones, y 19 delegados con carácter consultivo en representación de otros 16 grupos.

Aparte de los delegados rusos y del alemán, la mayoría de los otros participantes tenía escasa representatividad. Se trataba de militantes revolucionarios emigrados en Rusia, algunos de los cuales habían sido prisioneros de guerra liberados por la revolución de octubre, que habían abrazado la causa bolchevique y no tenían mandato formal de las organizaciones que decían representar. Por otra parte, Eberlein, el representante del PCA, se oponía a la creación inmediata de la Tercera Internacional, reflejando opiniones de Rosa Luxemburg y el impacto de la reciente derrota en las filas de los comunistas alemanes.

Poco antes de ser asesinada, Rosa Luxemburg había planteado, en efecto, que convenía esperar a la formación de partidos comunistas en los países principales de Europa occidental antes de constituir la nueva Internacional. Sin embargo, se impuso la tesis de que Europa marchaba aceleradamente hacia el choque decisivo entre las masas proletarias y la burguesía, siendo de

extrema urgencia dotar al movimiento revolucionario de una dirección internacional capaz de llevarle a la victoria.

La gran escisión

De acuerdo con este criterio, la conferencia de Moscú decidió convertirse en congreso constituyente de la Internacional Comunista (conocida también por la Komintern, contracción del nombre ruso). Este I Congreso de la IC aprobó una serie de documentos *(Plataforma de la Internacional Comunista, Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, Manifiesto al proletariado de todo el mundo)* que recogían los principios, objetivos y estrategia de la nueva organización internacional. A la democracia parlamentaria, asumida por los sectores mayoritarios de la Segunda Internacional y calificada en las tesis de la IC de *democracia burguesa,* oponían estas tesis la *democracia proletaria,* basada en los soviets y entendida como dictadura del proletariado sobre las clases contrarrevolucionarias. Esta era la diferencia teórica y política clave de la nueva Internacional respecto a la precendente, la cual, una vez concluida la guerra mundial, daba en este mismo año, 1919, los primeros pasos para reconstruirse.

Se consumaba así la gran escisión, perpetuada hasta nuestros días, del movimiento obrero socialista, político y sindical, de inspiración marxista, constituido en las postrimerías del siglo XIX. Al marxismo de la Segunda Internacional se opondría en adelante el marxismo de la Tercera Internacional, convertido en ideología oficial del Estado soviético, y denominado a partir de 1924, después de la muerte de Lenin, *marxismo-leninismo.* A la estrategia reformista, democrático-parlamentaria y sindical, predominante de la Segunda, se oponía la estrategia revolucionaria, orientada hacia las insurrecciones armadas y las guerras civiles, propugnada por la Tercera.

El curso real de la historia demostró pronto que carecían de fundamento las previsiones de Lenin, sintetizadas en estas palabras de su discurso de clausura en el I Congreso de la IC: *La victoria de la revolución proletaria en todo el mundo está asegurada. Se aproxima la formación de la república soviética internacional.*

Entre 1919 y 1923 esta profecía ilusoria se reavivó en algunos momentos con las efímeras victorias de la revolución en Hungría y Baviera (1919), el avance del ejército rojo en Polonia (1920) —detenido ante Varsovia y obligado a retroceder—, el movimiento de los consejos obreros en Italia ese mismo año y, sobre todo, la nueva crisis revolucionaria alemana de 1923.

Pero a través de esos sobresaltos, el capitalismo occidental se consolidaba e iniciaba un nuevo período de desarrollo, ya bajo la hegemonía americana, hasta que en 1929 se inició la crisis económica mundial, crisis que tampoco desembocó en revolución europea —como esperaba la IC—, sino en la conquista del poder por el fascismo hitleriano y en la Segunda Guerra Mundial.

Pero ese desmentido de los hechos a los análisis y previsiones de Lenin, que habían inspirado la creación de la IC, no impidieron el desarrollo de ésta, aunque sí fue una de las razones fundamentales de que la Segunda Internacional reconstruida, llamada en adelante Internacional Socialista, no sólo conservara, sino acrecentara su hegemonía política y sindical en el movimiento obrero de Occidente.

La IC creció, no obstante, en los primeros años, favorecida por el inmenso eco de simpatía y solidaridad que la revolución bolchevique —victoriosa en la guerra civil contra las fuerzas zaristas ayudadas por la intervención militar de Francia, Inglaterra y Estados Unidos— despertó en las masas trabajadoras de todo el mundo, incluso en las que permanecieron bajo la influencia de la Internacional Socialista, así como entre los pueblos oprimidos por las potencias coloniales capitalistas.

Todos se la representaban como la primera revolución victoriosa de los obreros y campesinos, de los explotados y oprimidos por el capital. A finales de 1919 se adhirieron a la IC el Partido Socialista italiano, el Partido Socialista búlgaro intransigente, el Partido Socialdemócrata sueco de izquierda y el Partido Socialista suizo.

También en este año y en el siguiente nacían en diversos países —entre ellos España (1920-1921)— partidos comunistas formados a partir de escisiones de los partidos socialistas, por lo general minoritarias, pero en algunos casos mayoritarias, como en el del Partido Socialista francés. Asimismo comenzaron a adherirse o vincularse a la IC

Cartel republicano húngaro alusivo a la desaparición de la monarquía dual (finales de 1918)

BÚCSÚZTATÓ

HALOTTI ÉNEK AZ OSZTRÁK-MAGYAR MONARCHIA FELETT

IRTA: KARL KRAUS
FORDITOTTA: SZINI GYULA



núcleos de los movimientos revolucionarios de liberación nacional en Asia, Africa y América Latina.

Las «21 condiciones»

En julio de 1920 se reunió el II Congreso de la IC, con asistencia de 200 delegados en representación de 67 organizaciones pertenecientes a 27 países, lo que muestra el notable crecimiento de la nueva Internacional en el año y medio transcurrido desde su fundación. La heterogeneidad política e ideológica de los participantes —además de los ya comunistas estaban presentes socialdemócratas de izquierda, sindicalistas e incluso anarcosindicalistas, como una delegación de la CNT española— hacía temer a los dirigentes bolcheviques por la consistencia ideológica y organizativa de la IC.

Para atajar este riesgo, el congreso formuló una serie de condiciones —21 en total— que las organizaciones candidatas a ingresar en la IC debían cumplir. En ellas se exigía la depuración inmediata de dichas organizaciones, de manera que todos los puestos en los órganos de prensa, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades, sin hablar ya de los órganos dirigentes del partido, fueran ocupados por *comunistas seguros y probados,* eliminando a los *reformistas* y *centristas;* se exigía la ruptura inmediata y total con todas las organizaciones centristas y reformistas, políticas y sindicales. La Internacional Sindical reformista, que agrupaba en ese momento a la mayoría de la clase obrera occidental sindicada (cerca de veinte millones de afiliados) era calificada en las *21 condiciones* de organización de esquiroles, a la que los partidos miembros de la IC debían *combatir con tenacidad y energía,* provocando la escisión dentro de sus filas.

Con estas draconianas *21 condiciones* —que se harían tristemente famosas en la historia del movimiento obrero por su carácter ultrasectario y escisionista, y cerrarían las puertas de la IC a amplios sectores que simpatizaban con la revolución de octubre y con los propios objetivos revolucionarios de la nueva Internacional— se trataba de asegurar que la IC y sus partidos se ajustaran al modelo bolchevique de partido y al modelo ruso de revolución, partiendo de que la *revolución mundial* tendría análogas características.

El Partido Bolchevique se había formado, en efecto, en las condiciones del inmenso Estado multinacional que regía al Imperio zarista. De hecho, era un partido internacional de revolucionarios rusos, ucranianos, georgianos, polacos, finlandeses, etcétera, en el que lo *nacional* era considerado un factor negativo, contrario a la necesaria unidad de la clase obrera de todo el Imperio zarista, independientemente de sus diversos orígenes nacionales.

El Partido Bolchevique se conceptuaba como la expresión suprema de esta unidad de la clase obrera. Las condiciones en que hubo de mantener su cohesión y eficacia combativa —clandestinidad, represión, situación extremadamente minoritaria del proletariado en un medio campesino y pequeño burgués, tendencias centrífugas derivadas de la opresión sufrida por las nacionalidades no rusas— explican en gran parte los rasgos semimilitares de las estructuras y del funcionamiento de este tipo de partido, añadiéndose a la interpretación del marxismo propia de Lenin.

Los años de guerra civil contribuyeron a extremar esos rasgos semimilitares. Por otra parte, la generalización empírica de las formas que había tomado la revolución rusa llevaba a concebir la revolución mundial como una grandiosa guerra revolucionaria que incluiría análoga combinación de formas de lucha: clandestinidad, insurrección, guerras civiles, guerras revolucionarias contra los Estados capitalistas. De ahí, la necesidad de que la acción conjunta de los diversos destacamentos nacionales del *ejército internacional del proletariado* contara con un *Estado Mayor central* análogo al que la revolución rusa había tenido en los bolcheviques.

El lenguaje militar que recorre los documentos de la IC, sobre todo en sus primeros años, no es más que la expresión lingüística de esa concepción de la revolución mundial, de las formas de organizarla y dirigirla.

Lo mismo que el Partido Bolchevique había organizado la *acción conjunta* de los proletarios de las diversas nacionalidades del Imperio ruso para instaurar la república federativa rusa de los soviets, la IC nacía —como declaraba el artículo primero de los estatutos aprobados en su II Congreso— para *organizar la acción conjunta del proletariado de los diversos países,* a fin de instaurar la república federativa mundial de los soviets. Y no como un objetivo lejano, sino como la tarea práctica puesta al orden del día.



Sesión del Congreso Socialista de Tours del que surgiría el Partido Comunista francés, diciembre de 1920

Lo mismo que el Partido Bolchevique era un partido rigurosamente centralizado a escala del Imperio zarista, excluyendo de su seno toda autonomía nacional, la IC se organizaba como un *partido mundial,* en el que los partidos comunistas de los diversos países eran *secciones nacionales,* privadas de toda autonomía, obligadas a cumplir con rígida disciplina las decisiones del Comité ejecutivo de la IC. (De hecho, el poder decisorio se concentraba en un órgano más restringido: el secretario del Comité ejecutivo.)

La dirección suprema de la IC gozaba de poderes extraordinarios: lo mismo podía expulsar directamente a militantes o grupos de militantes de cualquier país, que a secciones nacionales enteras, modificar los órganos de dirección de estas secciones, aunque fuera contra la voluntad mayoritaria de sus afiliados. Cada partido comunista, *sección nacional* de la IC, reproducía la estructura piramidal, hipercentralizada, del *partido mundial,* con la única diferencia de estar rigurosamente subordinado a los órganos supremos de la Internacional.

Además de estas estructuras orgánicas, en el II Congreso de la IC se precisaron las características político-ideológicas que debía reunir todo partido comunista. En primer lugar, la de ser el *partido dirigente,* irremplazable, de la lucha del proletariado por la conquista del poder. Vanguardia de la clase obrera, no debía confundirse en modo alguno con ella. Como partido dirigente tenía primacía sobre cualquier organización de masas, y en especial sobre los sindicatos y los soviets, cuyo papel era servir de *correas de transmisión* de las decisiones del partido para que fueran secundadas por las masas. Con lo cual, la *democracia proletaria,* lo mismo en el terreno político que sindical, quedaba vaciada de todo contenido democrático, y la *dictadura del proletariado,* que dicha *democracia proletaria* estaba llamada a ejercer sobre las clases contrarrevolucionarias, se convertía, de hecho, en la dictadura del Partido Comunista, tanto sobre las *clases contrarrevolucionarias* como sobre el mismo proletariado.

En segundo lugar, para poder desempeñar ese papel dirigente, tanto la IC como sus secciones nacionales tenían que guiarse por la *ciencia marxista,* supuestamente llevada a su más alto nivel por Lenin y cuyo intérprete sin apelación en adelante sería el Comité ejecutivo de la IC.

Desde finales de los años veinte, tal función correspondió en última instancia a Stalin. Con esta brújula infalible, la IC elaboraba su estrategia mundial y la adaptaba a cada una de sus secciones nacionales. (La valoración de la obra teórica de Marx y Engels como una ciencia social, comparable por su nivel de cientificidad a las ciencias naturales, había sido iniciada por Engels después de la muerte de Marx, proseguida

por eminentes teóricos de la Segunda Internacional, como Kautsky, pero Lenin, y sobre todo sus epígonos, hicieron de ello artículo de fe.)

Pese a los desmentidos que la práctica histórica infligía a las previsiones que se decían basadas en esa *ciencia* —ejemplo flagrante era que la primera revolución calificada de socialista por los marxistas que la habían dirigido (los bolcheviques rusos) hubiera tenido lugar en un país de las características de Rusia y no en el área del capitalismo desarrollado, lo cual revelaba al mismo tiempo el carácter básicamente erróneo de los análisis de Lenin relativo al capitalismo y el imperialismo de su época—, los teóricos de la IC proclamaron que el *marxismo-leninismo* representaba el *summum* de la cientificidad marxista, y basándose en él, la IC conduciría ineluctablemente al proletariado mundial a la victoria del comunismo.

De hecho, este *marxismo-leninismo,* convertido en ideología legitimadora de régimen soviético, perdería pronto todo vínculo con el espíritu crítico que animaba al pensamiento de Marx y se transformaría en una especie de religión de Estado. Su inoperancia para interpretar los problemas mundiales y los específicos de cada país sería una de las causas principales de la crisis de la IC. Convertida en instrumento de la política y los intereses de Moscú, se autodisolvería en 1943, porque en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial representaba un obstáculo para la alianza de la Unión Soviética con los Estados Unidos y las otras democracias occidentales frente a las potencias fascistas.

III Congreso

En el III Congreso de la IC, inaugurado el 22 de junio de 1921, Lenin hubo de reconocer que la *revolución mundial* se alejaba en el horizonte (sin que esta constatación llevara al líder bolchevique ni a los otros dirigentes kominternianos a sacar conclusiones autocríticas de sus anteriores análisis sobre el capitalismo y el imperialismo, o sobre la actitud de las clases trabajadoras de Occidente, la socialdemocracia, etcétera), siendo necesario que la Internacional se adaptara a la nueva situación. En consecuencia, el congreso adoptó una nueva táctica, elaborada fundamentalmente por Lenin. En lugar de proponerse como objetivo inmediato la toma del poder, la IC y sus partidos debían centrarse en objetivos parciales, especialmente aquellos relacionados con los problemas económicos y sociales de las masas populares. La consigna era *ganar a las masas* y convertir a los partidos comunistas en *partidos de masas.* Elemento primordial de esta táctica era la consigna de *frente único.* La IC llamaba a los obreros de los partidos y sindicatos reformistas a realizar *frente único* con los comunistas y contra los dirigentes socialdemócratas. También se planteaba la conveniencia de utilizar los Parlamentos y otras instituciones representativas, con fines, sobre todo, propagandísticos y de *desenmascaramiento* de los políticos burgueses y socialdemócratas.

Este primer gran viraje táctico de la IC provocó serias divergencias en el seno de sus secciones nacionales y en la misma cúspide del *partido mundial,* incluido el núcleo ruso —Lenin, Zinoviev (nombrado presidente de la IC), Bujarin, Radek y otros—, siendo necesario que Lenin empleara a fondo su inmensa autoridad para mantener la unidad del grupo dirigente.

En casi todos los partidos comunistas y en el seno del comité ejecutivo de la IC surgieron tendencias contrapuestas: una, *izquierdista,* que consideraba el viraje como un abandono de los objetivos revolucionarios de la organización y un deslizamiento hacia posiciones reformistas. Otra, calificada de *derechista,* propugnaba, por el contrario, llevar más lejos el cambio táctico, corregir el sectarismo de las *21 condiciones,* llegar en algunos casos al entendimiento con los partidos socialistas.

Hubo desgarramientos internos, abandono de la IC por grupos de una u otra tendencia, expulsiones, como la de Paul Levy, máximo dirigente hasta entonces del Partido Comunista alemán, acusado de *derechista.* El III Congreso aprobó por gran mayoría el viraje táctico, pero al mismo tiempo mantuvo, e incluso reforzó, las estructuras hipercentralizadas y jerarquizadas de la Komintern, los poderes de su Comité ejecutivo, la disciplina semimilitar y la subordinación total de las secciones nacionales al *Estado Mayor* instalado en Moscú.

A la hora del III Congreso, la IC contaba, según cifras oficiales, probablemente hinchadas, con 887.745 militantes, sin incluir en esta cifra los efectivos del Partido Comu-

Cartel en homenaje a Lenin publicado tras su muerte


1870-1924
В Ульянов (Ленин)

nista soviético. A partir de este año 1921, y hasta 1928, se produce un descenso constante (siempre sin contar los efectivos del PC de la URSS): 779.102 (1922), 648.090 (1924), 445.300 (1928). A partir de 1931, en el marco de la crisis económica mundial y del antifascismo se produce un aumento, con oscilaciones: 550.000 (1931), 913.000 (1932), 860.000 (1934), 785.000 (1935), 1.200.000 (1939).

El descenso de 1934-1935 refleja el aplastamiento del Partido Comunista alemán por el fascismo hitleriano (Hitler llega al poder en marzo de 1933), mientras que el ascenso de efectivos entre 1935 y 1939 refleja —compensando las pérdidas alemanas y las de otros partidos comunistas de Europa central— el importante crecimiento de los partidos comunistas de Francia y España, seguido en menor escala por el de algunos otros de Europa y América, en el período de los frentes populares, de la guerra civil española y, en general, de la lucha antifascista. Refleja también la creciente importancia de algunos partidos comunistas de países coloniales o dependientes. El caso más relevante es el del Partido Comunista chino.

Pero en la mayor parte de los países capitalistas desarrollados —y también en lo que luego se llamaría *Tercer Mundo*—, la IC es muy débil, destacando en este aspecto los casos de Inglaterra y Estados Unidos, donde la implantación de la IC no pasa del nivel grupuscular.

Esta debilidad refleja contradicciones intrínsecas que determinarán en gran parte la crisis y, finalmente, la desaparición de la IC en 1943. En primer lugar, la contradicción entre su análisis de la situación mundial, considerada siempre —una vez desmentidas las previsiones de revolución mundial inmediata en los años 1919 y 1920— como próxima (a corto plazo, o medio plazo en el peor de los casos) a una gran crisis revolucionaria, y la realidad del desarrollo capitalista, demostrativo de una gran capacidad de recuperación y transformación de las estructuras del sistema, en gran medida precisamente a través de las crisis económicas y conflictos bélicos, aparte del poderoso factor representado por las innovaciones científicas y tecnológicas, impulsadas también por dichas crisis y conflictos. Concebidas para dirigir la revolución mundial, la IC y sus secciones nacionales se vieron obligadas a actuar en un marco esencialmente evolutivo, teniendo que competir con el socialismo reformista, mucho mejor adaptado para la acción política y sindical en las condiciones del capitalismo

PESTAÑA Y LA III INTERNACIONAL

La revolución de octubre en Rusia suscitó grandes espectativas entre los trabajadores españoles. No sólo los socialistas vieron con agrado el paso dado por los bolcheviques, sino que los propios anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) se entusiasmaron ante la inminencia de la revolución mundial.

En el Congreso de la Comedia, *celebrado en Madrid en diciembre de 1919, la Confederación acordó adherirse provisionalmente a la III Internacional. Se decidió enviar delegados a varios países a fin de tomar contacto con sus respectivos movimientos obreros y Angel Pestaña recibió el encargo de dirigirse a Rusia.*

Tras vencer no pocas dificultades —la CNT era sañudamente perseguida por las autoridades—, Pestaña pudo abandonar Barcelona en mayo de 1920. Clandestinamente, y sin pasaporte, llegó a París y luego, vía Suiza y Alemania, se encaminó a Reval, capital de Estonia, donde desembarcó el 24 de junio. De allí, por tren, siguió viaje a Petrogrado, adonde arribó tres días después.

En Moscú tomó parte el sindicalista español en el II Congreso de la Internacional. Se integró en la comisión preparatoria de la Internacional Sindical roja y pronto se encontró defendiendo una postura radicalmente opuesta a la de los organizadores, cuyo proyecto hacía hincapié en la necesidad de la dictadura del proletariado a través del Partido Comunista. Cuantos intentos hizo para cambiar el documento resultaron inútiles.

Tras una entrevista con Lenin, al que calificaría de autoritario *y* absorbente, *regresó a España. Su* Informe de mi estancia en la URSS *causó una gran impresión en los medios de la CNT y provocó la retirada cenetista de la Komintern en junio de 1922.*



Delegación del Partido Comunista búlgaro en el IV Congreso de la Internacional Comunista

desarrollado, y cuya hegemonía en el movimiento obrero se impuso decisivamente en el conjunto de Occidente. En lo que concierne al mundo colonial y dependiente, los movimientos nacionalistas ajenos a la IC, y en ocasiones adversarios decididos de la misma, fueron los que hegemonizaron las revoluciones antiimperialistas, con contadas excepciones, aunque algunas de éstas fueran de excepcional importancia (el caso de China, ya indicado).

En segundo lugar, la capacidad de intervención y de desarrollo de la IC fue minada por la contradicción entre el hipercentralismo del *Partido Mundial* y las necesidades de cada sección nacional de adaptarse a las condiciones específicas de su país. Los análisis y las directivas que emanaban de Moscú, la actuación de los delegados de la IC ante cada sección nacional, no se ajustaban, por lo general, a la situación concreta, específica, del país, ni a sus tradiciones políticas y culturales.

En tercer lugar, la dirección de la IC estuvo dominada desde el primer momento por los representantes del Partido Comunista de la Unión Soviética, que reflejaban inevitablemente los intereses del nuevo Estado, tanto en el plano interior como internacional. La ideología de la IC daba por supuesto que esos intereses coincidían, por definición, con los de la *revolución mundial* y con los del movimiento obrero de cada país, pero en la práctica ocurría frecuentemente que en lugar de coincidencia había divergencia e incluso antagonismo. Este factor agravaba aún más la segunda contradicción que acabamos de indicar.

Ambas contradicciones se agudizaron al extremo desde finales de los años veinte hasta la autodisolución de la IC en 1943; es decir, durante la dictadura autocrática de Stalin sobre el Partido Comunista y el Estado de la URSS. La IC se convirtió, en la práctica, en instrumento mundial de la política staliniana, lo que provocó múltiples y a veces trágicos conflictos en los medios dirigentes de las secciones nacionales y en la misma cúspide de la IC. La propia disolución de la IC en 1943 respondió, como ya hemos dicho, a la necesidad que tenía Stalin de eliminar un obstáculo a su alianza con los Estados Unidos e Inglaterra.

Bibliografía

Badía, G., *Los espartaquistas,* Barcelona, Mateu, 1974. Broue, P., *Revolución en Alemania,* Barcelona, Redondo, 1973. Carr, E. H., *La revolución bolchevique,* Madrid, Alianza, 1972-1981. Id., *Estudios sobre la revolución,* Madrid, Alianza, 1968. Claudín, F., *La crisis del movimiento obrero internacional,* París, Ruedo Ibérico, 1970. Conquest, R., *El gran terror,* Barcelona, Luis de Caralt, 1974. Droz, J., *Historia del socialismo,* Barcelona, Taller de Ediciones, 1977. Ferro, M., *La gran guerra, 1914-1918,* Madrid, Alianza, 1973. Gustaffson, B., *Marxismo y revisionismo,* México, Grijalbo, 1977. Hobsbawn, E. S., *Industria e imperio,* Barcelona, Ariel, 1977. Klein, C., *De los espartaquistas al nazismo,* Barcelona, Península, 1970. Krieger, A., *Las internacionales obreras,* Barcelona, Martínez Roca, 1977. Meaker, G., *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923,* Barcelona, Ariel, 1978. Mellotti, U., *Revolución y sociedad,* México, FCE, 1971. Mommsen, J., *La época del imperialismo,* Madrid, Siglo XXI, 1977. Parker, R. A. C., *Europa, 1918-1945,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Tuñón de Lara, M., *El movimiento obrero en la historia de España,* Madrid, Sarpe, 1986. Willard, C., *Problemática del socialismo,* Madrid, Istmo, 1971. Varios autores, *Historia General del Socialismo,* Barcelona, Destino, 1970. Varios autores, *Historia del marxismo,* Barcelona, Bruguera, 1981. V.V.A.A., *Rusia,* Madrid, Siglo XXI, 1980.